

"El Mercurio Valenciano", Valencia, 6 junio 1920)



# LAS INTERNACIONALES

A una Internacional corresponde y se contraponen la otra; a la roja, la blanca; a la de los obreros, la de los capitalistas. Pero no hay que fiarse demasiado de la internacionalidad ni de la una ni de la otra. O mejor, ni de las unas ni de las otras. Porque así como hay hasta ahora, que sepamos, tres internacionales socialistas, la primera, la segunda y la tercera, o bien A. B. y C., hay más de una Internacional capitalista también. Porque eso es de que los capitalistas de todos los pueblos, aun de los que han estado en lucha entre sí, se hallen de acuerdo contra los obreros, es un cuento tártaro. Los capitalistas no están más unidos que los obreros. Ni la Unión Patronal es más unión que la Unión General de Trabajadores.

Y aun se ve más, y es que en algún caso los patronos y obreros de un ramo se unen contra los demás. Veremos a los ferroviarios en unión con las Compañías y sus accionistas y obligacionistas imponer gravámenes al público, y acaso veremos también a los que viven directamente de la agricultura, terratenientes, colonos, labradores, labriegos, gañanes, jornaleros de campo coligarse en contra de los que en ciudades y villas y aldeas viven de otra industria o del comercio.

A la lucha de clases puede llegar a suceder la lucha de profesiones y de oficios. Sin que por ello cese, sino antes bien se recrudezca, la lucha de naciones.

El Génesis abre la historia del progreso humano con un asesinato, el de Abel por su hermano Caín. Y no era el uno patrono y el otro obrero, sino que Abel era pastor y Caín labrador. Y los descendientes de Caín edificaron la primera ciudad. Y el crimen fué por envidia, no por hambre. ¡Maravillosa leyenda!

¿Y no veis debajo de todas luchas el eterno sedimento xenofóbico, el odio al forastero, al extraño? ¿Y lo mismo de la una parte que de la otra?... ¿Y luego hablarán de internacionalismo!

Eso del oro extranjero o de la presión del extranjero es el más socorrido tópico, tanto de un lado como del otro.

Hace poco ha venido a esta provincia de Salamanca en viaje de propaganda societaria un hijo de ella a quien para ese menester le sostiene la Unión General de Trabajadores, o más bien el Sindicato minero de Asturias. Hizo su labor con singulares acierto y cordura, y todos la pudieron ver y apreciar. Pero detrás de él se fué por los mismos pueblos un mal aconsejado y peor informado canónigo de Ciudad-Rodrigo, diciendo que aquel agitador iba a sacarles dinero para ponerlo en Bancos extranjeros. Y así hacía, sin quererlo, propaganda en favor del adversario, ya que todos sus oyentes sabían a qué atenerse al respecto.

Cuando la huelga de agosto de 1917 el gobierno entonces de S. M. se hartó de decir que aquello se debía al oro francés, y más recientemente se ha hablado de dinero ruso. ¡Dinero ruso! ¡Hasta cuándo los hombres envilecerán y degradarán sus luchas, que siendo claras son nobles, con el fango de la superstición?

La Iglesia ha inventado el Demonio para explicar derrotas que su orgullo no quiere atribuir a causas naturalmente humanas. O ha inventado el fantasma de la masonería. Y los otros, sus adversarios, han hecho la leyenda del jesuitismo — otro fantasma, — con su mónica secreta y demás infundios. Todo por no confesar que no hay más cera que la que arde.

Recordamos a una pobre mujer, envejecida y afuada por largos trabajos y numerosos partos, que no se explicaba el que su marido se hubiese enredado con una pelafustana de dudosa conducta, pero joven y guapa, sino atribuyéndolo a un filtro o bebedizo. «¿Se ha sorbido el seso con un bebedizo!», nos decía. ¡Pobre mujer!

¡Oro francés!, ¡oro inglés!, ¡oro ruso!, ¡masonería!, ¡jesuitas!, ¡el Demonio!, ¡un bebedizo! ¡Vaya una filosofía de la historia! ¡Y así luchan los hombres!

Y observad cómo los que se llaman a sí mismos por autonomasia «católicos», esto es, universales, son los que más alzan esa suspicacia contra el extranjero, son los que más recomiendan el localismo, son los que más abominan de toda internacionalidad. Y es que acaso sueñan en que no hay otra sociedad internacional que la Iglesia llamada católica, y que sea ésta la Liga de las Naciones. A pesar de aquello del Cristo de que su reino no es de este mundo, y de que huvó de las turbas cuando éstas quisieron proclamarle rey luego que las hubo saciado de pan y de peces (Juan, VI, 15.) Lo que no obsta para que los de la democracia cristiana y el justo salario, según la Enciclica «Rerum novarum», salgan con aquello de «Reinaré en España...»

¿Cuándo Dios mío, entrarán los hombres en la lucha con los ojos limpios de telarañas! ¡Basta para entubiárselos el polvo de la refríega!

Miguel de UNAMUNO.

